

EN LAS CUEVAS QUE albergan arte prehistórico es muy raro encontrar pinturas o grabados cerca de la entrada o en las paredes iluminadas por la luz natural. Quienes, hace miles de años, grabaron en la roca caballos y leonas y pintaron con óxido y carbón manos y bisontes, mamuts o ciervas rojas buscaron el amparo de la oscuridad, alejándose de la boca de las cuevas y cruzando la línea invisible que se dibujaba en la pared allá donde ya apenas llegaban los rayos del sol.

Esa línea, que separa la luz de las sombras, es la línea de penumbra.

ELVIRA VALGAÑÓN

Línea de penumbra

ÍNDICE

- Las modernas, 7
 - La esfinge, 23
- La mujer en la hierba, 39
 - Al otro lado del mar, 53
- Las letras de su nombre, 59
 - El gánster melancólico, 67
 - El desfile, 77
 - Los héroes cobardes, 89
 - El salto, 101
 - Día de mercado, 109
- La belleza del verdugo, 117
 - Objetos perdidos, 127
 - Los primeros, 145



© Bilbao Arte Ederren Museoa-
Museo de Bellas Artes de Bilbao

Fiesta popular
José Arrúe, 1926
Gouache sobre papel adherido a lienzo

LAS MODERNAS

Y LUISI DIRÁ LO que quiera, pero también tiene que ser bonito no tener el estorbo de la melena ni la preocupación del peinado, aunque cualquiera le dice a ella, claro, ahora que está dale que dale con que estas han venido a pescar a alguno, y digo yo que si no habrá mozos en otros sitios para que tengan que venir aquí a por uno, que si se piensa que vale tanto su Damián que van a venir de fuera a quitárselo, cualquier cosa, Luisi, porque desde el otoño no ve nada ni piensa en nada más que en sus amores, y en las cosas que le dice Damián y en los planes que hacen, y ahora cuando la madre le dice al padre que la hija mayor está distraída, él asiente muy serio, como si estuviera ya pensando en que habrá que guardar para la boda...

Al abuelo le contará que al principio del camino, en lo de Román, y el abuelo chasqueará la lengua y meneará la cabeza, como hace él, y puede que diga que eso le pasa por querer presumir.

Muy rojo se ha puesto, le contará ella. De pura rabia de que lo vean así, claro, con el auto recién estrenado atascado en el camino. Boni le habrá sacado algún verso. Pero los dirá en voz baja, pensará el abuelo, no se vaya a molestar don Ignacio. La señora Adèle, se dice Adel, se lo ha tomado con más humor y se ha sentado a esperar a la sombra de un castaño. Con el auto humeando en el camino, cada uno que pasaba paraba un rato y decía lo que le parecía,

hasta que ha llegado Antón y se ha remangado la camisa. Cuando se ha acercado a don Ignacio y se ha ofrecido a ayudar, lo han mirado todos con cara de asombro. Hasta el padre lo miraba como diciendo qué sabrás tú de autos, pero resulta que sí ha sabido.

Menuda sorpresa Luisi y yo, le dirá ella al abuelo acordándose de la cara que ha puesto la hermana mayor, los ojos como platos. Y la madre también, claro, sobre todo cuando la señora Adèle se ha acercado a Antón a darle las gracias.

A la señora Adèle, de tantos años como lleva aquí, casi no se le nota que es francesa, más que cuando habla. Aunque se ha arreglado el auto, ha sido ella la que ha dicho que subieran andando por el camino, como todo el mundo, y don Ignacio ha porfiado un poco, pero enseguida ha dicho que sí; al *prao* ha llegado resoplando y colorado, como todos los años, y ella, tan fresca, como una muchacha, cantando con los romeros y con las puntas del vestido recogidas en la mano para no mancharlo. Con el pintor ha estado luego mucho rato hablando de cosas de Francia, de cuando estuvo él en París, de los sitios que conoció antes de la guerra. En esa misma guerra le mataron a la señora Adèle, se dice Adel, a un hermano pequeño que tenía, por eso los veinte de marzo se pone ella de negro y le da a don Dimas para misas y para que se rece en la iglesia una novena. Al hermano de la señora Adèle le dieron una medalla por héroe y lo enterraron en un campo, sin tumba ni nombre ni cruz ni nada, figúrate, qué desgracia, dice siempre la madre cuando sale la historia, por eso ahora en la iglesia hay una placa que mandó poner el señor Ignacio que dice: «En memoria de Achille Campan, caído por Francia. 1894-1917». De tantos años como lleva aquí, la señora Adèle, se dice Adel, ya no parece francesa, más que cuando dice los nombres de las calles y de los cafés y de los museos de París y se acuerda de los milhojas de nata y de los petisús que les compraba su padre a ella y a su hermano de pequeños, que los hacían en una pastelería de allá que resulta que también conoció el pintor.

... y un poco triste sí que se pone Luisi, claro, y dice que nos echará en falta, y más la echaré en falta yo cuando ya no viva en casa ni duerma a mi lado como ha dormido siempre, aunque para eso todavía queda, que tendrán que hablarse los padres y habrá que terminar el ajuar y preparar todas las cosas que han de prepararse, pero ella ya sueña con su colcha de ganchillo y sus sábanas con letras y su arca de camisas y enaguas y el mantón de Manila que era de la abuela y le prometió la madre para el día de su boda, que lo llevó ella también en su día de boda, y ahora será para la hija mayor, claro...

En la mano traía un ramo de flores blancas, le contará al abuelo.

Le dirá que Antón y Rosa, la del mielero, también han bailado juntos y que de pronto se han quedado parados fuera del corro y, aprovechando el barullo de los que seguían bailando, él le ha cogido la mano y se la ha llevado al pecho para que le oyera el corazón. No es por bailar, le habrá dicho, es por ti. Y por eso ella se ha puesto tan colorada.

Ya era hora, dirá el abuelo, de que espabilara tu hermano. Pero hablarán las gentes, le dirá la nieta repitiendo las palabras de la madre. Porque Rosa es mayor que Antón y ya tuvo de novio a Boni y paseaban juntos y todo y, como no se casaron, ahora todo el mundo decía que Rosa, la del mielero, iba para *serora*. Y que por algo sería. Tu hermano sabrá, dirá el abuelo meneando la cabeza. Las gentes hablan siempre. Y ser joven es corto, dirá. Atiende tú también, niña, a las gentes, mejor hacer poco caso. Si lo oyera la madre pondría el grito en el cielo, pero esas cosas solo se las dice el abuelo cuando la madre no le oye decirlas.

¿Para qué voy a ir? ¿Para que me hablen a gritos como si en lugar de ciego fuera sordo? Este año se ha quedado el abuelo en casa y por la noche le contará ella todas las cosas de la romería para que las sepa.

Que Tomás traía un ramo de flores blancas que habrá cogido por el camino y ahora lo lleva en la mano la maestra. Que los



Retrato de Giovanna Tornabuoni
Domenico Ghirlandaio, 1489-1490
Técnica mixta sobre tabla

LA ESFINGE

PODRÍA PINTARLA DE MEMORIA.

El cabello dorado, el cuello interminable, la piel tan blanca. Libre de las trampas de la edad, se dice. Como en los versos de los poetas.

Lo recibe con las cortinas echadas. Sentado, casi recostado, en una silla de respaldo altísimo que tiene labrados los emblemas de los Tornabuoni y los Albizzi; la otra, la de ella, la habrá mandado quitar, porque ya no está donde solía.

Al abrirle la puerta de los aposentos del señor, el joven criado que lo ha conducido hasta allí no ha podido disimular una mueca de asco. También a él le ha rozado la cara, como el aliento de un animal, una vaharada de aire acre que hiede a cerrado, a humo de velas, a polvo y ceniza. Al olor fúnebre y dulzón de la fruta echada a perder. El criado lo mira un instante y, con una inclinación de cabeza, sale sin decir nada, cerrando la puerta tras él. Al principio no ha comprendido el revuelo que ha causado entre los sirvientes su presencia ni la expectación que ha despertado en la casa su llegada. Luego ha sabido que el joven Lorenzo lleva más de una semana sin salir de sus aposentos. Sin dormir. Sin comer. Sin ver a nadie. Ni siquiera a su padre.

Lorenzo di Giovanni di Tornabuoni, heredero de una de las fortunas más poderosas de Florencia, se iguala, en el duelo por su mujer muerta, al hijo de cualquier artesano de la via dell'Ariento.

Cuando la puerta se cierra a sus espaldas, él contiene el impulso de taparse la nariz con la mano. Espera a que el joven lo salude o le haga un gesto para que se acerque. Como el gesto no llega, da unos pasos hacia él con cautela.

Una vez que se ha hecho a la penumbra, empieza a distinguir más allá de los contornos de las cosas. Ve, por una puerta entreabierta, la alcoba contigua, la cama deshecha y sobre ella un camión de mujer. Ve la ceniza sin retirar en una chimenea en la que hace muchos días que no arde la lumbre. Ve cartas sin leer sobre la mesa, un tintero volcado. Ve un joyero sobre el arcón de roble. Ve los restos de una jarra y un plato hechos añicos contra el suelo. También observa de reojo que los cuadros que decoraban las paredes están cubiertos con telas negras; la tabla de Biagio d'Antonio con los esponsales de Jasón y Medea, las de Donzello y Di Giovanni con la historia de los Argonautas... su propia *Adoración*, oculta ahora tras gruesos paños oscuros para no tener que ver él cada día las mismas cosas que miraba ella.

Cuando ya está cerca de él, se da cuenta de que no lleva zapatos y de que tiene las ropas desordenadas, el rostro sin afeitar.

En Florencia se dice que el joven viudo ha perdido la razón y Lorenzo Tornabuoni, con el rostro demacrado, los ojos hundidos y pálido como un fantasma, hace honor a las habladurías. Con esa mirada de animal extraviado no es de extrañar que los criados de su padre se asustaran cuando apareció en mitad de la noche exigiendo a gritos que le abrieran las puertas de la villa. Eso lo sabrá después, claro, por Elisabetta.

Al verlo salir de los aposentos de Lorenzo, la muchacha le hará una seña para que espere. El señor quiere hablarlos, le dirá. Y mientras lo conduce a las cámaras del padre, le contará en voz baja que hace nueve días el joven señor ensilló un caballo y cabalgó hasta la

villa y despertó a los criados a gritos. Cuando se dieron cuenta de que era quien era lo dejaron entrar y él subió sin decir nada más a sus habitaciones del piso de arriba, donde exigió que lo dejaran solo. Dicen que pasó toda la noche frente al retrato de su mujer, que lloraba y besaba la pared y le hablaba como si pudiera oír. Desde que regresó, le contará Elisabetta, no ha salido de sus aposentos. Ni ha consentido en ver a nadie.

En silencio, observa al joven que tiene frente a él. No parece que sea el mismo hombre cuya boda celebró toda Florencia hace apenas dos años. ¿Será verdad que está perdiendo el juicio? En las manos tiene un collar de cuentas de coral que repasa constantemente con los dedos, como si rezara un rosario febril e inacabable.

Al cabo de un rato, habla por fin.

—Quiero que la pintéis —le dice con la voz ronca, sin quitar los ojos del collar, como si temiera que por dejar de mirarlo o de tocarlo vaya a desaparecerle de entre los dedos como ha desaparecido ella.

Podría pintarla de memoria.

La piel tan blanca, los cabellos rubios trenzados en un recogido elaborado pero de apariencia sencilla, sujeto con horquillas que no se vean, con cintas doradas que se entrelacen con el pelo, dejando unos cuantos rizos sueltos que enmarquen el rostro y oculten la delicada oreja.

La primera vez que la vio, una mañana de invierno en el patio del Palacio Albizzi, pensó que nunca había visto una criatura más hermosa.

Hacía un rato que esperaba a su padre, a quien venía a retratar, cuando, desde el gabinete, en el piso alto, oyó las risas que venían del patio, las voces de las muchachas. Intrigado, se acercó a la ventana.